

—¡Yo soy el mejor cerrajero de la ciudad!

Se jactaba siempre de su superioridad en las labores de cerrajería, aunque él ya no era uno, y solo se dedicaba a contar. Diariamente llegaban personas a comprar, se ponía entonces a pavonearse sobre lo bueno que era para el trabajo, y se burlaba solo por gente vulgar, que no tenía otra opción. Contaba siempre lo mismo:

—¡Fui yo quien le dio un toque de elegancia a la cerrajía! Fui yo el que impuso ir bien vestido, y con la herramienta adecuada y...—

—Muéstrame un candado— preguntaban.

Y él soltaba una tarabilla de como eran los candados, el material, la marca y todo tipo de datos que a la gente, a menudo, le pesaba, y pese a notar él el descontento de algún que otro cliente, continuaba con su plática que a menudo se iba muy por delante por la necesidad.

No veía lo malo, la labor del comerciante es convencer al cliente de que compre, y para eso era muy bueno, decía para eso.

Pese a su palabrería, llegaban los días en los que, sin empacho, le pedía alguien que abriera un carro, un candado, un candado, u... con su negocio, no podía, que conseguiría quién le hiciese la labor al pobre fulano.

Así se le iba el tiempo, presumiendo su mercancía y sus hazañas de vida, todo el tiempo jactándose de ser el mejor.

Llegó el día en que su negocio quedó cerrado y perdió sus llaves.

—Necesito un cerrajero—.